
EL PRINCIPE ZILAH.

I.

—Perdonad, caballero, si os molesto. ¿Quereis decirme qué pasa en ese barco?

Esto preguntaba un curioso, dirigiéndose á un hombre de baja estatura, moreno, que con una cartera en la mano y apoyado sobre el parapeto del muelle de las Tullerías, hacia correr por el papel de un cuaderno un porta- lapicero de oro, grueso como una mazorca, que formaba parte de un estuche, compuesto además de un cortaplumas, una pluma, lapiceros de plomo y un cortapapeles de marfil; todos los útiles propios del *reporter* dedicado á las expediciones del periodismo ambulante.

Cuando con su letra cursiva habia llenado una hoja, la arrancaba rápidamente y se la alargaba á un lacayo de librea azul oscuro, en cuyos botones de plata ostentaba las iniciales del periódico *La Actualidad*.

El *reporter* no suspendió su tarea ni siquiera para responder:

—El príncipe Andras Zilah da una fiesta á bordo de ese barco de *La Compañía*—dijo.

—¡Una fiesta! ¿Y con qué motivo?

—Porque se casa.

—¡El príncipe Andras!... ¡Ah!—dijo el parisien- se, como si el nombre del príncipe Andras le fue- se familiar—el príncipe Andras se casa!... ¿Y quién es ese príncipe Andras Zil...

—Zilah... ¡Es húngaro!

Pero, á lo que parecía, el noticiero no tenia tiempo que perder.

Alargando otra hoja al *groom*, le dijo:

—Esperame aquí un momento. Voy á bordo y desde allí te enviaré por un marinero el final de la lista de los convidados. Con lo que llevas se puede preparar el artículo é ir componiendo por adelantado. Esta noche llevaré yo mismo á la imprenta la terminacion.

—¡Está bien, señor Jacquemin!

—Ten cuidado de no perder ninguna cuartilla...

—¡Oh! señor Jacquemin, yo nunca pierdo nada.

—Quizá no entiendan bien los nombres... Todos son exóticos... Pero yo los corregiré cuando corrija las pruebas.

—¿De modo, caballero—insistió el transeunte, que parecia empeñado en saberlo todo—que casi todos son extranjeros y extranjeras los que se dirigen al barco?

—Sí señor, sí señor, sí señor,—respondió Jacquemin, visiblemente excitado.—En Paris hay muchos extranjeros... muchos... y son preferibles á los provincianos de Paris:

El otro no se dió por aludido; sonrió, dió las

gracias y se alejó del parapeto, diciendo á cuantos encontraba:

—¡Es una fiesta... ¡El príncipe Andras... un húngaro que se casa!... ¡El príncipe Andras Zilah! ¡Una fiesta á bordo! ¡Es gracioso... una boda en un barco!

Otros curiosos, de codos como Jacquemin sobre el muelle de las Tullerías, contemplaban el *steamer*, cuya bandera tricolor, á popa y rojos gallardetes en lo alto de los palos, sacudia alegremente en el viento fresco de la mañana.

Aquel barco, que se encontraba allí pronto á partir, estaba engalanado y ostentaba colgaduras y tapices que le transformaban en un precioso salón, á la vez que profusion de flores le daban el aspecto de un verdadero jardín dentro de un barco.

Para los transeuntes que se detenian mirando el Sena, habia en aquello un poderoso atractivo, algo así como un enigma, en aquel vapor medio empavesado que enviaba con arrogancia á la orilla sus blancas humaredas y en el que hasta los pitos de señales parecian alegres como los trinos de los pájaros.

Una música, cuyos individuos vestian pantalon encarnado, casaca negra galoneada y sombrero de fieltro redondo, ejecutaba aires raros, mientras las señoras, casi todas hermosas, con trajes de verano, y llevando en su rostro retratada la alegría, saltaban ágilmente, descendiendo de sus berlinas ó de sus carretelas frente al punto de embarque.

Se detenian, se saludaban: «¡Hola, buenos dias,

queridal» Cambiaban alguna otra palabra y luego, alegres, ligeras, elegantes, bajaban por la rampa que conducía al río y penetraban en el puentecillo que facilitaba el paso al *steamer*, con movimientos de coquetería y levantando sus faldas cuidadosamente para dejar ver sus lindos piececitos.

Aquel desfile de *toilettes* brillantes, de caballeros dando la mano á las señoras, de parisenses risueñas y atrevidas, mientras la orquesta de á bordo lanzaba al aire los apasionados acentos de sus *czardas* húngaras, se parecía á una vision de un pintor de fiestas galantes, á algun embarque para Citera soñado en el siglo XVIII y realizado allí, en pleno París actual, por la fantasía de algun artista, de algun poeta ó de algun poderoso señor, en las inmediaciones de aquel puente del Sena, en el cual imperaban como una viva antitesis, el realismo de los carruajes, el trote de los ómnibus llenos de gente y de los transeuntes sofocados.

El príncipe Andras Zilah habia invitado á sus amigos á un almuerzo al aire libre, de un día de julio, y ante el panorama en movimiento, encantador, lleno de sorpresas, que ofrecen las orillas del Sena.

Muy metido en la sociedad parisiense, en la que se habia lanzado desatinadamente con el marcado propósito de aturdirse, como quien quiere olvidar, el antiguo defensor de la independencia húngara, el hijo del anciano príncipe Zilah Sandor, que en 1849 habia sido el defensor más decidido del rasgado pendon de su pa-

tria, lanzó profusamente las invitaciones, llamando á su lado á sus amigos más queridos, á aquellos que lo eran en sus momentos de soledad y de intensa confianza, y tambien al sinnúmero de esas amistades que la casualidad crea en la vida social de París. Relaciones variadas, simpatías de un momento, ligeras, superficiales y que, tan fácilmente como se crean, desaparecen en medio del torbellino de la vida arrastradas por una ráfaga de viento.

El conde Yanski Varhely, el amigo más antiguo y tambien el más íntimo y verdadero de cuantos rodeaban al príncipe, sabia por lo demás perfectamente á qué se debia aquel capricho de Andras.

A los cuarenta y cuatro años, el príncipe se despedía de su vida de soltero, lo cual no era una locura. Yanski veía con gran satisfaccion que aquella antigua raza de los Zilah, entusiastas defensores de la patria y del derecho, no desapareceria con el príncipe Andras.

La Hungría, cuyos destinos adquirían de nuevo importancia, necesitaba para el porvenir el auxilio de los Zilah como lo habia tenido en el pasado.

—Solo se me ocurre una observacion—decía Varhely—acerca de este casamiento, y es, que podía haberse realizado mucho ántes.

Nadie es dueño de hacer que su corazón se consagre al amor en una hora fija. De joven, Andras Zilah solo habia amado á su patria, y lejos de ella, en la pesadumbre del destierro, cansado pronto de los amores vulgares, se habia entre-

gado de nuevo á la pasión que llenó su juventud, constituyendo su vida en París los recuerdos de su Hungría.

Había dejado trascurrir los años unos tras otros, sin pensar en crearse un hogar, un nido de felicidad seguro y tranquilo. Con el corazón joven todavía, la inteligencia clara y poderosa y el cuerpo fortalecido más bien que gastado en las luchas de la vida, aunque algo tarde, el príncipe Andras entregaba por completo alma y nombre, dos cosas en él á cual más grande.

Se casaba con una mujer adorable (que eligió por sí mismo), novelescamente amada, y se proponía rodear aquel adiós al pasado y aquel saludo al porvenir, del encanto de la poesía y del placer.

En otro tiempo, sus antepasados se habían hecho célebres por su fastuosa originalidad, casi oriental. Con frecuencia se citaban las escenticidades generosas del abuelo del príncipe Andras, el viejo magyar Zilah, que respondía á su intendente, cuando, con los números á la vista, le probaba que arrendando á una compañía cualquiera, inglesa ó alemana, la recolección de sus granos y forrajes, podía obtener unos seiscientos mil francos anuales.

—¡Pero esos seiscientos mil francos que sacaría libres sería á costa del pan de nuestros labradores! No, no haré tal cosa; privar de ese dinero á los pobres diablos sería como recoger las semillas perdidas de que se sostienen los pajarillos.

Tal era el abuelo de Andras, el príncipe Zilah

Ferency que, como perdiese en una partida de juego el importe á que ascendían los jornales de un año entero de doscientos albañiles, empleaba aquellos hombres en edificar castillos, para, al terminar el año, prenderlos fuego, con objeto de proporcionarse el placer de contemplar las pintorescas ruinas del incendio, además de mantener á los albañiles.

Por entonces la fortuna de los Zilah podía equipararse á las riquezas casi fabulosas, incalculables de los Ezterhazy y de los Batthyanyi.

El príncipe Pablo Ezterhazy era dueño de trescientas cincuenta leguas cuadradas de territorio en Hungría.

Los Zichy, los Karolyi, los Szechenyi, menos poderosos, sólo poseían doscientas. El príncipe Lichstentein sostenía al emperador de Austria, á su Estado mayor y á su ejército durante ocho días cuando maniobraba en sus dominios.

El anciano Ferency Zilah podía hacer otro tanto, si no hubiera estado poseído de un odio profundo, indomable, eterno, hácia Austria. Jamás la familia del magnate se sometería á la nación, que había resultado ser la dominadora, como tampoco en otra época se había inclinado ante el victorioso turco.

Conservaba, pues, de sus antepasados el príncipe Andras la generosidad majestuosa en medio de una fortuna muy menguada, no sólo por haber sido confiscada en sus tres cuartas partes el año 1849, si no por toda clase de pérdidas y contratiempos: ya consistían éstos en negativas de algunos encargados á quienes se había hecho

pasar por dueños de los restos de su fortuna para que Austria no se apoderase por completo de ellos, ya en grandes sumas invertidas en la causa nacional, en socorro de emigrados, ó para auxilio de los compañeros proscritos. Zilah podía considerarse todavía rico, y en París, donde despues de viajar mucho se habia establecido, era un personaje importante.

Aquella fiesta que daba á bordo de un buque, á unos cuantos amigos, era una bagatela para un descendiente de aquellos soberbios magyares. Pero no obstante, la tal fiesta tenia una seductora originalidad, y el príncipe se sentía lleno de placer al ver reunirse en la cubierta del barco, embalsamado como un jardín por el aroma de las flores, toda aquella sociedad amable, alegre, frívola, elegante, que era la suya, pero á la que superaba, por su claro talento, la conciencia de sus actos y por sus arraigadas convicciones.

Sociedad rara y heterogénea, confusion de opuestas nacionalidades, conjunto de personalidades exóticas como solo se encuentra en París en ciertos centros, donde la *high life* se roza con la bohemia y el noble con el aventurero.

Sociedad ruidosa que, acudiendo á aspirar el aroma y á absorber el veneno de París, que uniendo sus vicios á nuestras locuras constituye entre la aglomeracion inmensa de la ciudad del Sena un sindicato particular, al que se atribuye la representacion de París (cuando solo representa sus excentricidades), que arrastra una vida desenfrenada, llenando las crónicas de los periódicos

con la descripcion de sus locuras y extravagancias, y que se encuentra en todas partes por donde el París mundano se desparrama: en Dieppe, en Trouville, en Vichy, en Cauterets, en las playas de Etretat, bajo los naranjos de Niza, al rededor de las mesas de juego de Mónaco, según la estacion y la moda.

Una parte de esta sociedad, ansiosa de placer y de aturdirse, se veia en aquel barco fletado por el Príncipe.

Allá en lo alto, con su cartera en la mano, el hombrecillo moreno, de rizado cabello, negra barba terminada en punta, fino y retorcido bigote y mirada inteligente, el *reporter* Jacquemin, continuaba haciendo la lista de los asistentes á medida que iban desfilando, y ex ella se veian nombres que diariamente figuraban en las revistas de salones, apellidos eslavos, latinos ó sajones, italianos, españoles, húngaros y americanos; representando todos una fortuna, una gloria, un poder y alguna vez un escándalo; si, un escándalo de esos que, importados, se divulgan pronto por todo París.

Y el *reporter* anotaba y seguia anotando en las hojas de su cartera, que arrancaba pasándolas precipitadamente á manos del marinero que las llevaba al *groom* de *La Actualidad*, el sinnúmero de personajes, entre los cuales figuraban generales, yankees de la guerra de sucesion, princesas italianas, ladies que, rivales del príncipe Zilah en riqueza, poseían condados enteros en un punto cualquiera de Inglaterra; grandes señores cubanos comprometidos en las últimas

insurrecciones y condenados á muerte en España; hombres de Estado del Perú, publicistas y jefes del ejército á la vez, que manejan la pluma y el revólver á un tiempo; una multitud variada y original, en la que se veía hasta un japonés joven y elegante, vestido á la moda, que cubría su negra y lisa cabellera con el sombrero de sociedad que á cada momento se quitaba y ponía bajo su brazo izquierdo, como un *claque*, para saludar más desembarazadamente á la francesa juntando los dos piés, talon con talon, doblandose por el estómago, bajando la cabeza hasta medio cuerpo y sacando la espalda con bruseas inclinaciones hácia adelante.

Todo aquel exótico tropel que distraía y llamaba la atención de los curiosos estacionados en el muelle, atravesaba el puentecillo que conducía al buque, y una vez en él se desparrahaba por su cubierta; dirigía sus gemelos á las orillas del río ó á las casas más distantes, en tanto que la música, situada á popa, ejecutaba las *czardas*, interpretadas valientemente, como una feroz amenaza, por los artistas húngaros, bajo la bandera tricolor francesa, entrelazada con los colores nacionales de su país.

Así saludaban los tziganos á los concurrentes á aquella fiesta, que un brillante cielo azul parecía proteger, excitando locas explosiones de risa.

II.

De pie, á la entrada, donde se apoyaba el puentecillo que daba acceso al buque, el príncipe Zilah recibía á sus invitados con amabilidad y distinción.

En sus labios había una frase oportuna para cada uno de aquellos huéspedes de un día que acudían á su ruego, alegres como cabritillos escapados, y gozando con aquella aventura de un almuerzo á bordo de un barco, placer desconocido que hacía olvidar á aquellos insaciables é indiscretos los gabinetes de los *restaurants* de moda y las exigencias de las recepciones mundanas de todos los días.

—¡Ah! Habéis tenido una idea excelente, príncipe, muy inesperada y muy parisiense!... ¡Parisiense parisiense!

Parecidas palabras le dirigían todos al darle las gracias.

El sonreía, y repitiendo una frase de las crónicas de Jacquemin, replicaba:

—¡No hay parisienses más verdaderos que los extranjeros!

En su rostro de rasgos casi severos sentaba muy bien la sonrisa con que procuraba animarlo. Aquella fisonomía algún tanto altiva y triste;

aquella frente espaciosa, más propia de un hombre de estudio, de un filósofo, que de un soldado; el pelo echado hacia atrás, ojos azules y penetrantes, que se fijaban con insistencia en los hombres y en las cosas, nariz regularmente dibujada sobre una barba rubia que encanecía en algunos puntos, lo cual casi la hacia aparecer más rubia; aquella figura, llena de energía, de vigor resignado, encendida por el ardor contenido; aquel ser agradaba tanto más, cuanto que, imponiendo respeto, atraía de un modo irresistible por las más vivas simpatías: la de la fuerza, que seduce, y la de la robustez sin alarde.

Si el nombre del príncipe Andras Zilah — ó, como dicen en Hungría, Zilah Andras — no estuviera ya grabado con rasgos de sangre en la historia de su país, fácilmente se adivinaria en él al héroe.

En la anchura de sus hombros, en su fiero talante, desafiando la vida como había desafiado las balas, en el brillo, en la extraña llama de su mirada, lo mismo que en la suave inflexión de su voz, acostumbrada al mando, en los cariñosos movimientos de su mano ejercitada en el manejo de la espada, se descubría al hombre bueno y afectuoso unido al hombre intrépido, y bajo su aspecto indómito se veía palpitar la ternura más arraigada.

Después de haber estrechado la mano del anfitrión, los invitados iban á saludar á una jóven que medio tendida en una mecedora de rejilla, se hallaba en la parte, de proa rodeada de pro-

fusión de flores, como si fuera un parterre. A ella, á aquella preciosa criatura, pálida, morena, de grandes y melancólicos ojos y dulce sonrisa, se dirigían los homenajes de los recién llegados, que se inclinaban ante la novia cuando se separaban del príncipe.

Un hombre grueso, tipo ruso, con los bigotes ásperos, rojo-grises, y el cuello corto, se hallaba de pie al lado de aquella belleza, metido en su abrochada levita como en un uniforme militar.

Alguna vez, inclinándose y casi rozando la blanca oreja de la joven con los pelos de su bigote, le preguntaba:

—¿Estás contenta, Marsa?

—*Marsa!* El nombre húngaro de Marta: *Martsa.*

Y Marsa, confundiendo la sonrisa con un suspiro y contemplando vagamente el infinito, respondía:

—Sí, tío mio... muy contenta.

Al lado de Marsa, una mujer bajita, todavía bastante hermosa á pesar de ser ya algo entrada en años, morena, con la nariz muy fina, la boca pequeña y sensual, roja como los colorados y carnosos lóbulos de sus orejas, la cabellera negra y abundante, y cuyas manos, pequeñas y gorditas, sostenían ante sus ojos miopes unos gemelos engarzados en oro, decía, dirigiéndose á un hombre de cabellos encrespados y de aspecto algo feroz, frente voluntariosa, erizada de pelo blanco como la lana de un borrego, y nariz de dilatadas ventanas, que aparecían ca-

si aplastadas, abriéndose sobre un poblado bi-gote:

—¡Mi querido Varhely, estoy entusiasmada con la idea del príncipe!... ¡Me divierte mucho!... ¡Quiero divertirme mucho!... ¡Sabeis que es muy soberbia la ocurrencia de este almuerzo sobre el agua?... ¡No os lo parece así? ¡Vamos, animaos un poco, Varhely!

—¿Acaso mi aspecto es triste, baronesa?— dijo.

Yanski Varhely, el amigo del príncipe Andrés, estaba muy contento, no obstante su aire un tanto taciturno. De fisonomía eslava, cabeza varonil sostenida por un cuello de toro, algo entrado en años, pero fuerte como un roble, vestido regularmente con cierto abandono, pero con distincion, miraba alternativamente á la mujercita que le dirigia la palabra y á Marsa tan diferentes una de otra: la prometida de Andrés, delicada y esbelta como un lirio; la pequeña baronesa Dinati, rechoncha y abultada como una fruta madura.

Decididamente, aquella Marsa Laazlo, contra la cual de una manera instintiva habia manifestado cierta prevencion la primera vez que Zilah le habló de casarse con ella, le era simpática. Hacer de un tzigana—porque Marsa era medio tzigana—una princesa Zilah, le parecia al conde Varhely algun tanto atrevido.

Por otra parte, aquel soldado, fel retrato del heroísmo, nunca habia comprendido los arrebatos de la pasion, y en esta como en todas las cosas, le parecia que Andrés era algo novelesco.

Mas el príncipe era dueño de sus acciones, y cuanto hace un Zilah está bien hecho.

Además, reflexionando un poco, el casamiento de Zilah venia á ser un motivo de satisfaccion para Varhely. Así acababa de manifestarlo al tío de la futura esposa, al general Vogotzine.

Se equivocaba, pues, completamente la baronesa Dinati, al suponer que al viejo Yanski Varhely le dominaba algun pesar.

¿Cómo no habia de estar contento Varhely, viendo á Zilah radiante, loco de alegría!

En la entrada del buque se destacaba el flexible y vigoroso cuerpo del príncipe Andrés, á quien Varhely contemplaba mientras que aquél recibia á sus últimos invitados.

Pronto se iba á levar anclas y á descender por el rio costeano los muelles.

Pablo Jacquemin, despues de entregar las últimas cuartillas al marinero para que se las entregase al *groom* de *La Actualidad*, atravesó alegremente el puentecillo. Zilah no hizo caso del *reporter*, porque tras de éste vió á un joven á quien no esperaba y cuya presencia hizo que lanzara un verdadero grito de alegría.

—¡Meuko! ¡Mi buen Miguel!—dijo Andrés tendiendo los brazos al recién venido, que avanzaba muy pálido.—¿A qué debo tanta dicha, mi querido hijo?

—He sabido en Londres que dabais esta fiesta... Los periódicos de aquella ciudad anunciaron vuestro matrimonio... No he querido esperar más tiempo... Yo...

Al hablar así, parecia vacilar un poco, como

turbado y violento. Un momento antes—Zilah no lo había notado—se hubiera podido observar en él un movimiento brusco, como quien se decide á volver al muelle y á alejarse del vapor sin poner en él los pies.

Sin embargo, Miguel Meuko no tenía aspecto de tímido.

Flaco, delgado, de una elegancia distinguida, Miguel dejaba notar fácilmente en su rostro, que por lo transparente de su piel debía encenderse fácilmente y que ahora aparecía descolorido, contraído y alterado, cierta inquietud ó cierta tristeza. Hombre de mundo, revelando en su apostura al diplomático militar, parecía instintivamente buscar á alguien entre los convidados del príncipe, y su mirada escudriñaba la cubierta del buque con una especie de sorda cólera.

El príncipe solo veía una cosa en la inesperada aparición de Meuko; que el joven, á quien estimaba con todo su corazón y del cual era algo pariente, el único en el mundo que tenía el joven—cuando su abuela era condesa Meuko—que su querido Miguel asistiría al casamiento. Esto era una sorpresa agradable. Creía á Meuko enfermo en Londres, y Meuko estaba á su lado. Resueltamente aquel día iba á ser feliz.

—¡Ah! qué alegría me proporcionais, mi querido amigo, -- le decía con tono afectuoso, casi paternal.

Cada una de aquellas demostraciones de amistad parecía que aumentaban la inquietud de que estaba poseído el joven conde. Bajo la irreprochable corrección del hombre de sociedad se vis-

lumbraba un temperamento dominante, refrenado en aquel momento, en la mirada, en el gesto más insignificante de aquel hombre de veintisiete á veintiocho años. Sus ojos azules parecían tristes cuando estaban inmóviles, pero al animarse despedían un fuego amenazador.

Este brillo agresivo se había manifestado en la mirada del joven al descubrir en el extremo de proa á la bella Marsa, sentada y medio oculta entre las flores; repentinamente, una expresión singular de dolor ó de angustia sustituyó á aquel fuego; en el fondo de sus ojos grises desapareció aquella llama, apagada cuando apenas había brillado, con la rapidez de una estrella fugaz.

Nadie hubiese podido ver en Meuko más que la actitud y la expresión correcta de un *gentleman*, cuando el príncipe Zilah le dijo:

—¡Mi querido Miguel, vamos á saludar á mi futura!... Varhely está allí también.

Zilah cogió de la mano á Meuko, que estaba muy pálido, y llevándole hasta donde se hallaba Marsa, dijo á la joven:

—¡También está aquí Meuko, mi alegría es completa!

Ella, mientras Miguel Meuko la saludaba respetuosamente, se inclinó con frialdad, y con sus grandes ojos parecía buscar, sin poder encontrarlas, las azules pupilas del joven.

Ante Marsa, que apenas se había movido, blanca como el mármol, estaba Andras, que había unido á Varhely y Miguel, apoyando cada una de sus manos en el hombro de aque-

llos dos amigos que para él reasumían toda su vida: Varhely, el pasado; Miguel Meuko, el porvenir.

—¡Ah! —exclamaba con una alegría infantil — si no existiera la cándida superstición de creer que no se debe proclamar en alta voz la felicidad, ¡cómo proclamaría yo que soy dichoso!...

Y añadió:

—¡Muy dichoso! Sí, el más dichoso de los hombres.

Al oírlo, la baronesa Dinati, la agraciada morena á quien momentos antes le había parecido que Varhely estaba algo triste, decía orgullosamente á Pablo Jacquemin, el *reporter officiel* de sus salones:

—Esa dicha que estais oyendo proclamar es obra mia... Sin mí, esos dos salvajes tan encantadores, tan apropósito el uno para el otro, Marsa y Andras Zilah, no se hubiesen encontrado nunca. ¿A qué, pues, se debe su felicidad?

—A un billete de invitacion grabado por Stern — dijo Jacquemin riendo. — Pero de esto me habeis hablado demasiado poco, baronesa. Es preciso que me lo conteis todo... todo... ¡Pensad que puede escribirse una crónica interesante! ¡Una boda concertada en casa de la baronesa! ¡Vamos á ver, la novela... pronto, la novela!... ¡La novela ó la muerte!

—No sabeis hasta qué punto decís bien, mi querido Jacquemin; realmente es una novela. Y lo que es más: una novela fantástica. Una nove-

la que no se parece á... (la frase es vuestra) á esas novelas *brutalistas* de que tan partidario sois...

—Muy partidario, baronesa... ¡Como de los embutidos, cuando son muy picantes!

—¡Bien! La novela del conde Andras no es del todo picante. Es... ¿cómo diré?... Es épica, heroica, romántica... lo que queráis. Pero es verdadera, como el Evangelio. Os la voy á referir.

—¡Magnifico, para hacer una tirada de cincuenta mil ejemplares! — dijo alegremente Jacquemin, que se disponía á oír y tomaba notas... de memoria.

III

El príncipe Andras Zilah—comenzó la baronesa— es digno descendiente de aquellos húngaros que escribieron el proverbio: «El húngaro ha nacido á caballo.» A los quince años ya estaba sobre la silla de su corcel y asistía á verdaderas excursiones guerreras acompañando á su padre. En su juventud se le había hecho conocer las hazañas de sus abuelos y se le había alimentado con el recuerdo de las antiguas guerras.

Para los abuelos del príncipe Andras la fuerza era la razón suprema y el derecho estaba en la punta de su espada. Solo el príncipe Sandor, el padre de Andras, separándose de la senda que encontrara trazada fué educado por un preceptor francés y esta transformación, á que no estaban acostumbrados sus súbditos, sometidos al despótico orgullo de los magyares, le valió una popularidad á que nadie había conseguido llegar.

De entre aquellos imperecederos recuerdos, el príncipe Andras, á través de los años transeurridos, conservaba uno que, por ser más personal y más indeleble; por lo trágico y por lo especialmente lúgubre, ni un momento se borró de su mente.

Se remontaba á los primeros días del mes de

junio de 1849, fecha en que se dió sepultura á su padre, Sandor Zilah, muerto de un balazo en la frente en un encuentro habido con los croatas.

El príncipe había podido murmurar todavía algunas palabras antes de morir, apretar la animosa mano de su hijo y repetir á aquel héroe de diez y seis años:

«—¡Acuérdatel... Ama y defiende á la patria!»

Después, como los austriacos estaban próximos, fué preciso enterrar al príncipe en el fondo de una fosa hecha en la nieve, al pie de los pinos.

Los *honveds* de Hungría y los húsares de Varhely rodeaban aquel negro agujero alumbrándole con teas encendidas, que el viento movía como penachos rojos. De pie, cerca de la fosa, con sus crispados dedos hundidos entre los de Yansky Varhely, que le tenía cogidas las manos, el joven príncipe Andras contemplaba en el fondo de aquel lecho de tierra, tendido con su uniforme de húsar, al príncipe Sandor, lívido, con sus grandes bigotes rubios caídos, rodeando su cerrada boca, sus manos exangües, cruzadas sobre la oscura casaca á la brandeburgo, la derecha aún entre la correa de la empuñadura de su sable, y en la frente, como una estrella, la señal circular del pedazo de plomo que le causara la muerte.

Bajo la vacilante luz de las antorchas, agitada por el cierzo, el héroe muerto parecía tener movimiento todavía, y á Andras le daban tentaciones locas de precipitarse en la hoya y arrancar de allí el cadáver.

Habiendo muerto su madre, siendo él todavía

muy joven, se encontraba huérfano y solo, solo en este mundo, con la inquebrantable amistad de Varhely y el deber de la patria.

—Yo te vengaré, padre mio—dijo con firmeza al patriota, que ya no le oía.

Los húsares y los *honveds* avanzaban para rendir el último tributo al malogrado príncipe, cuando de pronto, abriéndose paso por entre las filas de soldados, con un movimiento arrogante y ejecutando la marcha heroica de *Rakozzy*, los tziganes lanzaron á los aires en medio de la noche la *marsellesa* húngara, dando á aquella escena de duelo, algo de aspecto misterioso y rodeando de varouil poesía los funerales que se celebraban.

Un estremecimiento general recorrió al punto las filas de aquellos soldados dispuestos á ser los vengadores.

Aquel himno de la nacion sonaba como el canto de gloria sobre la tumba del vencido. En los ecos de aquella música trágica parecia que el espíritu del muerto recordaba á sus guerreros fatigados los días de angustia de la patria, las antiguas luchas contra el turco, las cargas épicas de caballería á través de la libre *puszta*, la vasta llanura húngara.

Contemplando á su padre muerto, el joven príncipe recordaba cuántas veces aquellos labios, ahora inanimados, habian acariciado su frente y le habian referido en otro tiempo la leyenda de la *czarda*, aquella leyenda que era como la historia de los hechos culminantes de Hungría, y en la que se reasumían los tristes recuer-

dos de la conquista, cuando las hermosas doncellas de tez morena, hijas de la Transilvania, derramaban lágrimas abrasadoras, bajo el látigo de los osmanlies.

Y la *czarda* húngara, simbolizando la danza de aquellas mártires, conservaba todavía y guardaba siempre el carácter de sus contorsiones bajo los golpes del látigo. Lenta y lánguida al principio, fogosa, agitada y como trágicamente histórica luego, se trocaba nuevamente en aordes melancólicos, notas lúgubres y acentos lastimeros cual si brotaran al compás de los ecos, gotas de sangre de una herida, de la mortal herida del príncipe Sandor, tendido allí con su uniforme de batalla.

Aquellos músicos que frenéticamente lanzaban á los vientos los aires nacionales, prisioneros el día anterior de los croatas, habian sido rescatados por el príncipe Sandor al frente de sus húsares, é interpretando los ecos nacionales parecia que pagaban una deuda sagrada al héroe fenecido.

Cuando el viento llevó las últimas notas de aquel canto de guerra, avanzaron los soldados y sonó la última descarga en honor de su caudillo. Se cubrió de tierra y nieve el cuerpo de Sandor Zilah, y despues de haber señalado con una cruz el lugar donde reposaban los restos de su padre, el príncipe Andras se alejó de aquel sitio.

Apenas habia dado algunos pasos cuando vió entre los músicos tziganes á una jóven, la única mujer que iba en la tribu, que lloraba lanzando lúgubres gemidos semejantes á los ecos de los

desiertos de Oriente. Al ver a aquella niña, iluminada tan extrañamente por la llama de las resinas, quiso saber la causa de sus sollozos, cuando él, el hijo, no derramaba una sola lágrima.

—El príncipe Zilah Sandor era el más valiente de todos los valientes, y ha muerto—dijo—por no querer llevar el talisman que yo le ofrecí.

Andras miró á la jóven.

—¿Qué talisman?

—Piedrecitas de los lagos del Tatra, encerradas en una bolsita de cuero.

Andras sabia lo arraigada que estaba la supersticion en la gente del pueblo en Hungría, de que en los profundos lagos del Tatra, en *aquellos ojos del mar*, se encierra la más bella mujer del mundo, que si se la descubriese brillaría como el sol, y existen además sapos cuyos ojos son diamantes y que entre sus patas retienen pepitas de oro puro.

Más que admirado se sentía enternecido de aquella supersticion de la tzigana y del singular ofrecimiento que el día anterior habia rehusado riendo el príncipe Sandor.

—Dame eso que quisiste entregar á mi padre—dijo.—Yo lo guardaré como recuerdo suyo.

Una llama de alegría brilló en los ojos de la tzigana, que entregó al jóven príncipe la bolsita en la que sonaban guijarros redondos del tamaño de granos de maíz.

—¡Por lo menos—dijo la doncella, cual si suspirara libremente—habrá un Zilah á quien las

balas de los croatas respetarán para bien de nuestra Hungría!

Andras se quitó lentamente el broche que cerraba su pelliza, y dándoselo á la bohemia, que miraba estupefacta cómo brillaba á la luz de la roja llama, le dijo:

—¡Escucha! El día en que mi padre haya sido vengado y que nuestra Hungría sea libre, preséntame esta alhaja, y tú y los tuyos venid al castillo de los Zilah. Yo os proporcionaré una vida pacífica en memoria de esta noche de duelo.

Lejos, hácia las avanzadas, se oían ya algunos cañonazos y tiros de fusil.

Sin duda, los austriacos, habiendo visto la luz de las antorchas, intentaban algun ataque de noche.

—Apagad esas luces—dijo Yanski Varely.

Las teas rozaron la nieve, y aquel tropel de hombres, prontos á morir como su jefe, quedó en la oscuridad de la noche, noche de invierno siniestra en la cual el viento, azotando las ramas de los árboles, hacia más imponente. Los tziganos se internaron en el bosque y solo se oía ya el ruido de las baquetas de los fusiles que á toda prisa cargaban.

Aquella noche de enero quedó grabada de un modo indeleble en la imaginación de Andras como un recuerdo casi fantástico. En el sitio mismo donde se dió sepultura al conde Sandor, hizo levantar su hijo mas tarde un mausoleo de mármol ante el cual se arrodilló y rezó por él. Pero de todas las escenas de aquella guerra nove-

lesca, la más terrible é imponente y que más grabada quedó en su imaginacion, fué la del entierro de su padre. Aquel cuadro en que el guerrero tendido en el fondo de una zanja, iba á desaparecer para siempre, se presentaba ante su vista y resultaba inolvidable en su fúnebre majestad.

IV

Después de este suceso, el príncipe, cuando casi no había salido aún de la adolescencia, viajó mucho tiempo, dominado por su eterna melancolía, por Europa que, sin preocuparse de los mártires, había presenciado impasible el degüello de los vencidos.

Fué preciso que pasaran muchos años para que Zilah se acostumbrara á la idea de que ya no tenía patria. Por lo demás, confiaba en el porvenir. El destino no puede cebarse implacable siempre sobre una nación. Así se lo decía muchas veces á Yanski Varhely, su constante compañero, al antiguo húsar, hoy gentil hombre arruinado, que se dedicaba á dar lecciones de latin y de matemáticas en Paris, del producto de cuyas lecciones, unido á la pequeña parte de sus bienes que había podido rescatar, vivía.

—La Hungría renacerá, Yanski; la Hungría es inmortal—repetía Andras.

—Si—respondía bruscamente Varhely—pero sabed que si ha sucumbido, es porque ha cometido faltas. Todas las derrotas tienen sus causas. ¡Ante el enemigo no éramos uno! ¡Demasiadas discusiones, pocas obras! ¡Esto es fatal!